

Amity and
China

10 March 1961

VERSION DEL DISCURSO DEL GENERAL LAZARO CARDENAS
EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA UNI-
VERSIDAD OBRERA DE MEXICO, EL DIA 10 DE MARZO DE
1961.

Señoras y señores:

Después de leer mi saludo a la Universidad Obrera de México, me van a permitir distraiga su atención un momento más.

Muchos de ustedes, quizá todos, se habrán enterado de la responsabilidad que los elementos progresistas de México y de los demás pueblos de la América Latina hemos contraído ante nuestros compatriotas partidarios del avance social, de los grandes cambios revolucionarios que se operan en diversas regiones del mundo, con motivo de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que acaba de concluir.

Ante todo, para que pueda apreciarse la significación de la Conferencia, quiero dar lectura a la Declaratoria final de la asamblea, aprobada por las delegaciones de todos los países latinoamericanos.

DECLARATORIA

La nueva etapa de liberación ha empezado en América La tina. La lucha está planteada en términos de defensa de la sobe ranía nacional, la emancipación económica y la paz.

Esta lucha conglomerada, día a día, todas las fuerzas pa trióticas y democráticas, contra los factores que impiden el to-

tal desarrollo y utilización del potencial humano y material de nuestros países.

Necesitamos terminar con la situación de dependencia - que hoy nos caracteriza, en violento contraste con el avance incontenible del proceso liberador y con las perspectivas que la ciencia y la técnica abren al hombre contemporáneo.

La fuerza fundamental que bloquea el desarrollo de América Latina, es el imperialismo norteamericano. Su estrecha --- alianza con las oligarquías nacionales, los ruinosos efectos de su penetración económica y cultural, lo señalan como causa principal del estancamiento general que prevalece en la realidad latinoamericana.

La derrota del imperialismo es condición fundamental - de cualquier plan de desarrollo para nuestros países.

Resuelta a ejercer una política independiente, sin --- otra meta que la de sus auténticos intereses y necesidades, América Latina exige pleno respeto a la autodeterminación de sus -- pueblos. Dicha política es la premisa indispensable de nuestra participación en el orden mundial en igualdad de condiciones.

Sin emancipación económica, no hay independencia política. Para conseguirla, necesitamos: Reforma Agraria integral y atención preferente a la población indígena, rescate de las riquezas nacionales hoy en poder de los monopolios extranjeros, impulso de las fuentes básicas de energía y de las industrias fundamentales, libre acceso a todos los mercados, asistencia técnica

y económica sin condiciones lesivas.

Nuestros países requieren transformaciones substanciales en su estructura política, económica, social, para eliminar los alarmantes déficits actuales en los niveles de vida, superar el atraso técnico y estimular sus culturas autóctonas.

Rechazamos la doctrina Monroe y la política de pretendida seguridad y defensa hemisférica que menoscaba nuestra soberanía. Oponemos al panamericanismo opresor, un latinoamericanismo que libere nuestras fuerzas productivas, amplíe nuestras posibilidades de desarrollo, fortalezca la solidaridad y cooperación entre nuestros pueblos y contribuya eficazmente a la paz en el hemisferio y en el mundo.

Las realizaciones de la Revolución Cubana, muestran el camino para terminar con la dominación extranjera. Sus aleccionadoras conquistas y su consolidación, entrañan una efectiva contribución a nuestra causa liberadora. Al reafirmar enérgicamente, que defenderán a Cuba contra toda agresión, los pueblos latinoamericanos saben que así defienden su propio destino.

El imperialismo norteamericano ha comprometido a América Latina en la política de guerra fría. La imposición de pactos militares ha descargado sobre nuestros pueblos el peso del armamentismo y determinado limitaciones sobre nuestra soberanía y desarrollo económico.

Exigimos la denuncia de todos los pactos militares y la liquidación de todas las bases militares norteamericanas en -

América Latina.

Contribuir a un acuerdo sobre desarme mundial, terminar con el colonialismo, poner fin a la guerra fría, asegurar la coexistencia pacífica entre pueblos y regímenes diferentes, son las premisas que garantizan la paz y la soberanía nacional.

La lucha por la independencia que hoy moviliza a los pueblos, es también la nuestra. El proceso latinoamericano de liberación, es inseparable de la consolidación de la paz mundial.

La realización de estos propósitos es una necesidad impostergable, para lograr la libertad y el progreso que anhelamos. Para ello debemos unirnos. La estrecha cooperación y solidaridad entre todas las fuerzas democráticas de cada país y entre todos los pueblos latinoamericanos, nos permitirá alcanzar estos objetivos en un breve período histórico.

La comunidad de nuestros problemas define claramente la dimensión continental de nuestra lucha.

No estamos solos. Nos respalda la fraternidad de los pueblos amantes de la libertad y de la paz. Pero la liberación que buscamos dependerá primordialmente de nuestros propios es---fuerzas."

Si no fuera porque la prensa de México hizo un completo silencio a la Conferencia Latinoamericana, no hubiera leído el documento que ustedes acaban de escuchar. Pero como, además, tenemos la obligación de difundir por todos los medios a nuestro estado

alcance las ideas que esa Declaración encierra y de explicarlas al pueblo, he aprovechado este auditorio para iniciar esa labor.

Hicimos gestiones ante algunos de los diarios de nuestro país para que, previo pago, publicaran los documentos de la Conferencia. Se negaron a ello afirmando que tienen el derecho de publicar solamente lo que consideren oportuno. Ese argumento es falso. Lo que ocurre es que esa prensa al servicio de los intereses imperialistas está al margen de las obligaciones que le impone su carácter de instrumento de servicio público. Nosotros consideramos que la prensa tiene la obligación de publicar todo lo que los diversos sectores de la vida nacional expresen, pagando los gastos por tal servicio; pero no se puede negar a cumplir con ese deber que por su propia naturaleza corresponde a los órganos de información de la opinión pública.

Yo ruego a ustedes, por tanto, que contribuyan a hacer conocer la Declaratoria de la Conferencia Latinoamericana en sus hogares, en los lugares en donde trabajen, en los sitios en que se reúnan, en todas partes. Porque es un documento en cuyo contenido se identifican todas las corrientes ideológicas, todos los partidos, todas las organizaciones y los individuos de distintas afiliaciones políticas y creencias religiosas. Se trata de un documento que contempla, sobre todo, la lucha por resolver el grave problema de la miseria en que se debate el pueblo y los demás problemas de nuestro país y de los otros de la América Latina.

Tenemos frente a nosotros un enemigo que se esconde detrás de una bandera que representa una actitud de deslealtad ha-

cia nuestro país y que por los medios de que dispone la lleva -- hasta los lugares más apartados de nuestro territorio, en las -- montañas y en los valles alejados de toda comunicación. De esta manera el pueblo resulta víctima de esa prédica malsana, que consiste en afirmar que los que estamos constantemente llamando al pueblo para que se organice, para que se una a los otros y todos en conjunto se defiendan como uno solo, de acuerdo con un programa que aproveche como base los recursos naturales y las demás riquezas de nuestras naciones, tratamos de entregar los intereses vitales de nuestros pueblos y lo más valioso de su pensamiento a intereses ajenos, traicionando, en suma, a nuestra patria. Pero la verdad es completamente distinta.

El pueblo se moviliza siempre hacia donde sabe que se defienden sus derechos. Sus enemigos contraatacan y se producen los conflictos. Hoy, lo digo a título de ejemplo, una persona -- que venía a la Conferencia Latinoamericana fue muerto en la Baja California. Quién lo hizo su víctima? Los elementos llamados -- anticomunistas.

El anticomunismo, que ha hecho ya muchas víctimas en -- nuestro país y en todos los de la América Latina, lo mismo que -- en otras regiones en donde los pueblos luchan por su libertad y por salir de la opresión, tiene ese propósito: el de impedir que los hombres vivan mejor, se emancipen y nuestras repúblicas al--cancen la libertad plena a que tienen derecho.

Nosotros no estamos proponiendo el comunismo. Pero es claro que el comunismo será construido en cada país cuando el -- pueblo lo quiera. No es una doctrina extraña a ningún pueblo; --

pero sólo cada pueblo puede decidir su destino. Lo que es evidente es que la teoría comunista de la sociedad es, antes que nada, una doctrina de emancipación económica, una teoría que se propone elevar al pueblo al más alto nivel.

Cuando hace tiempo me invitaban para que recorriera algunos países de la América Latina no pude aceptar por determinadas circunstancias. Era un momento en que nuestra presencia podía ser útil aquí en México, porque los elementos más desamparados estaban siendo víctimas, sobre todo los campesinos, de la -- propaganda perversa a que me referí antes, con el pretexto de -- que fuera rechazado el comunismo. En varios lugares me preguntaron los ejidatarios, los hombres y las mujeres, si era cierto -- que el comunismo es como la propaganda mencionada lo hacía aparecer. Llegaban a lo más grotesco asegurando que de establecerse el comunismo en México los niños serían sacrificados, que nadie gozaría de libertad, que no habría derecho de reunión y que el -- pueblo todo viviría como en una prisión. Desmentí esas ideas absurdas; pero como en esos días me habían hecho invitaciones para visitar algunos países del extranjero, con un grupo de amigos emprendimos el viaje para hacer un recorrido principalmente por -- los países socialistas. Llegamos a Europa. No nos interesaba -- mucho la Europa Occidental, aun cuando comprobamos su adelanto -- en muchos aspectos. Lo que deseábamos especialmente era visitar los países nuevos. No sólo tenía el propósito de ver por mí mismo lo que ocurría ahí, sino también poder, después de mi regreso a México, decir las cosas tal como mi experiencia iba a apreciarlas. Así llegamos a la Unión Soviética. Recorrimos algunas de sus regiones más importantes. Comprobamos que hay libertad de --

cultos, que las iglesias estaban abiertas. En Moscú vimos templos a los que acudían libremente los que querían entrar en ellos. Vimos a gentes de edad avanzada arrodilladas y venerando las imágenes en las que ellos creen.

La propaganda enemiga de los países socialistas pinta a la Unión Soviética como una nación en la que los niños no tienen ningún interés para el Estado, o bien en donde los niños viven abandonados por sus padres y entregados a las autoridades. Comprobamos todo lo contrario. Como era invierno vimos muchísimos carros pequeños que servían de cuna a los niños recién nacidos, bien arropados y tratados con un gran afecto. La madre, el hermano o un simple caminante, se detenía ante los carros-cunas con el objeto de cerciorarse de que los niños estaban bien abrigados, y con un algodón colocado en el vehículo les limpiaban la nieve de la cara y seguían caminando. Aquí en cambio, en nuestra patria, cuando estuvimos en el gobierno, la situación era distinta. En algunos lugares objeto de nuestras constantes visitas, salían las gentes más pobres a entregarnos a sus hijos para que los pusiéramos en alguna escuela de internos, porque no podían sostenerlos a causa de su miseria.

En la Unión Soviética pudimos observar que la población está muy bien vestida y muy bien alimentada. Más que preguntar tratamos de comprobar personalmente las cosas. En ningún lugar vimos angustia en el rostro de las gentes. Alegría en todas partes y satisfacción por la vida.

Cuando visitamos China tuvimos experiencias semejantes. Su pueblo es trabajador extraordinario. Fuera de China es

común oír, refiriéndose a una persona empeñosa, que trabaja como chino. Esto es cierto por cuanto a que el pueblo chino es de -- una laboriosidad enorme. Pero no sólo ésta es una de sus virtudes, sino que comprobamos que con el nuevo régimen ha surgido -- del pueblo entero una mística de construcción y de progreso que ojalá tuviera nuestro pueblo para poder engrandecer a nuestra patria.

Todos los que han ido a los países socialistas e informan de lo que vieron, de lo que les consta, son acusados de comunistas. Este calificativo no tendría ninguna importancia si no fuera porque la gente del campo, la más aislada, es víctima de -- esa campaña perversa. A los que vivimos en las ciudades no nos importa nada la deformación de la verdad. Pero yo estimo que es muy criminal llevar informaciones totalmente falsas a nuestra -- gente sencilla. Porque al sufrir la confusión natural de parte de esos elementos, crean trastornos de todo orden en el seno de las familias y en el de las comunidades rurales. Yo creo que -- los intelectuales, los obreros, los que viven en mejores condi--ciones para informarse de la verdad, deben contribuir a contrarrestar esa propaganda mentirosa.

Tampoco es cierto que nosotros estemos preconizando la violencia. Yo creo que en México no necesitamos usar las armas para garantizar nuestro progreso. Gandhi no recurrió a las ar--mas para salvar a su país. Con su gran fuerza moral conquistó -- la libertad de su patria.

No estamos de acuerdo en el empleo de las armas en Mé--xico para mejorar la situación de nuestro pueblo, porque lo ex--

pondríamos a una ocupación militar del extranjero. A los delegados de otros países que vinieron al nuestro para la Conferencia Latinoamericana, les decía yo que nosotros estamos en condiciones muy difíciles, más que ningún otro país de este Hemisferio, porque somos vecinos de una gran potencia que, con el pretexto de que peligra su franco izquierdo, puede intentar la ocupación del territorio nacional. Debemos, en consecuencia, ser cuidadosos. No podríamos defender el territorio mexicano con las armas; pero sí lo podemos hacer con una actitud de trabajo constante, con la gran fuerza moral de nuestro pueblo unificado.

Estamos deseosos de contribuir a la solución de los problemas que interesan al mundo entero. Somos una nación todavía débil; pero que cuenta en el escenario internacional, y unida a las otras hermanas de la nuestra podríamos ser realmente un gran factor para la solución satisfactoria de los conflictos que existen. Hoy en la mañana decía yo a algunas delegaciones fraternales latinoamericanas, en el almuerzo que tuvimos con ellas, que debíamos hacer todos un esfuerzo para que cuando se reunan los representantes de la Unión Soviética, los Estados Unidos de Norteamérica, Francia e Inglaterra, podamos participar las naciones de la América Latina. Así no sólo desempeñaríamos el papel que nuestros deberes históricos nos señalan, sino que conseguiríamos que los órganos de la prensa realizaran con honestidad la función que deben cumplir y que ellos menosprecian.

No se ha comentado nada sobre nuestra gran asamblea que acaba de concluir; pero, en cambio, un periódico de la tarde, hoy mismo, a ocho columnas, habla de la entrevista probable de -

Kennedy con el Primer Ministro de la Unión Soviética. Nosotros no tenemos ninguna desconfianza, lo digo bajo mi responsabilidad personal, acerca de la actitud que en cualquiera asamblea puedan asumir los representantes de los países socialistas. Porque --- ellos no adquirirán ningún compromiso ni darán un paso sin plantearles a todos los pueblos del mundo los problemas y las soluciones que para ellos puedan surgir en los encuentros llamados de alto nivel. En cambio, creyendo interpretar el sentir de los delegados latinoamericanos que se hallan todavía en nuestra ciudad de México, afirmaba que si el Presidente Kennedy quiere hablar en nombre de toda la América, como constantemente acontece con los jefes del gobierno del país vecino, no puede invocar la opinión de la América Latina, porque no la ha consultado. Sería interesante que el Presidente Kennedy, hasta para guiar su propio sentir como jefe del gobierno de una gran nación, conociera la opinión de las grandes masas del pueblo mexicano y de los pueblos hermanos de la América Latina. Tiene el deber de oír su opinión, porque si es cierto que pretende ayudarlos para que se liberen de la opresión y de la miseria en que viven, es indispensable -- que conozca en todos sus aspectos cuál es su manera de pensar. Con lo único que el gobierno de los Estados Unidos no podrá resolver ni ayudar a que se resuelvan los problemas de ningún país latinoamericano, es mediante el empleo de la fuerza.

Los pueblos latinoamericanos han sido pacifistas por tradición. No pueden comprometerse a ir a luchar cuando otros se lo pidan. Porque hasta cuando han participado en algún conflicto por su propia voluntad, la experiencia ha sido amarga. -- Tenemos la de la Segunda Guerra Mundial. Se les ofreció enton---

ces que terminada la lucha tendrían la cooperación de los Estados Unidos, no la dádiva ni la limosna, sino el concurso de ellos para desarrollar su agricultura y su industria. Pero la guerra -- terminó y el resultado fue negativo. En vez de cooperación, --- nuestros pueblos consiguieron sólo restricciones para sus ventas al extranjero. Dificultades en sus compras hechas en el exte--- rior, y otros muchos tropiezos que han dado como resultado la si tuación difícil en que todos los pueblos nuestros se encuentran.

Si la prensa de México se ha negado a llevar el mensaje colectivo de los representantes de la opinión democrática de la América Latina, reunidos aquí, al Presidente Kennedy, esperamos, por lo menos, que los norteamericanos que participaron en nuestra asamblea suplan a los periodistas mexicanos y hagan saber cuál es la verdadera opinión de la América Latina al jefe del go bierno de los Estados Unidos.

Si no hay esa información, nuestras relaciones no van a mejorar. Si el Presidente Kennedy es informado de una manera falsa, puede ocurrirle lo que le sucedió al Presidente Eisenhower cuando quiso visitar el Japón, creyendo que lo iban a recibir -- con entusiasmo por no estar informado del pensamiento del pueblo y por creer que había olvidado las heridas tremendas que recibió cuando fueron arrojadas las bombas atómicas sobre su territorio.

Ese crimen perpetrado en contra del pueblo japonés no ha sido olvidado por nadie en el mundo. Hiroshima y Nagasaki -- eran ciudades abiertas. No podían ser bombardeadas porque las -- leyes de la guerra lo prohíben. La guerra contra el Japón prácticamente había concluido. Sin embargo, se sacrificó a más de --

600 mil gentes. Podía habérsele dicho al gobierno japonés que - si no deponía las armas podían destruirlo. Pero se le agredió - en esa forma monstruosa sin previo aviso.

El resultado de esa conducta no fue más que el odio colectivo de un pueblo laborioso. La vengansa para el momento --- oportuno. Yo no deseo que recurra a ese procedimiento, porque - sé bien - así me lo expresaron muchas personas de distintas clases sociales cuando visité el Japón- que lo único que quiere es trabajar, progresar y ser libre. Nadie quiere reclamar lo del pasado; pero sí lo del presente. Lo que el pueblo japonés anhela es lo que todos los pueblos del mundo reclaman: su autonomía completa, el respeto que merece en el concierto internacional.

Como no sé si tenga oportunidad de volver a expresar - mi opinión ante ustedes, y tomando en cuenta que esta oportuni--dad de ahora es para mí excepcional, porque hablo desde un cen--tro educativo en donde se preparan a nuestros hombres y mujeres para que sean factores del presente y del futuro de México, quiero agregar a lo dicho algunas cosas que especialmente están dirigidas a la nueva generación mexicana.

He sido objeto de constantes ataques en el curso de mi vida. Pero especialmente por lo realizado durante el gobierno - que presidí, de 1934 a 1940. No trato de justificarme. Cada -- quien puede pensar como quiera. Pero una de las críticas se re--fiere a que yo no entregué el gobierno a un elemento radical. - No lo hice, porque, a pesar de que entre los que aparecieron co--mo candidatos se presentó el General Francisco Mújica, gran ami--go mío, la sucesión presidencial fue resultado de la lucha elec-

toral de entonces, y además había problemas de carácter internacional. Creí entonces que los elementos intelectuales revolucionarios actuarían. Al retirarnos del gobierno, la clase obrera quedó organizada. Todos saben que jamás intervenimos en su régimen interior. La clase campesina organizada también, tenía la tierra y el rifle en su mano. Los maestros asimismo, organizados, y cumpliendo con su misión en los centros urbanos y rurales. Los empleados del Gobierno, de igual manera disfrutaban ya del Estatuto Jurídico que reconocía sus derechos. El ejército se encontraba en idéntica situación. Numerosos jefes que no lucraron jamás en el movimiento revolucionario, la mayoría de los oficiales y de los soldados tenían cariño para el régimen, porque los tratamos como compañeros, porque recogimos a sus hijos y creamos las Escuelas para Hijos del Ejército. Al formarse el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), incorporamos a las fuerzas armadas en el partido, porque así formamos un frente vigoroso e indestructible, a pesar de que algunos no lo entendieron y se quejaron de que seguíamos sistemas copiados del extranjero.

Esa labor la realizamos sin tener más aspiración que las demandas populares. Yo no estuve en ninguna universidad. Cursé hasta el cuarto año de la escuela primaria en Jiquilpan. Pero mi aprendizaje lo realicé en la universidad del campo mexicano. Mi espíritu se templó en las enseñanzas que recibí del pueblo. Por esta causa aprendí que el hombre aislado nada vale. Que lo único que cuenta en verdad son las agrupaciones de los hombres. Esta experiencia me permite decir a todos que es el momento de marchar organizados. Los intelectuales deben incorporarse en las agrupaciones de su elección, porque unidos a la cla

= .

se trabajadora pueden prestar valiosos servicios. Es cierto que tuvimos que obrar con energía contra algunos, porque era indispensable darle respetabilidad a las instituciones de nuestro país, sin importarnos la amistad de nadie, sino los intereses de México.

Perdonen ustedes que haya hecho esta exposición de mis experiencias y de mi labor personal; pero se justifica mi actitud porque creo que es precisamente en un centro como el de la Universidad Obrera, en donde debo hablar del futuro a los hombres que mañana habrán de asumir la responsabilidad de nuestro país. La juventud debe conocer la verdad del proceso de nuestra Revolución Mexicana. Más aún: debe organizarse también y, una vez que esto ocurra, debe exigírseles a los intelectuales que se disciplinen, que se disciplinen a sí mismos para que puedan participar en una disciplina mayor de tipo colectivo. Sólo así podremos lograr que haya para la juventud mexicana un camino claro que lo lleve a la victoria.

LAZARO CARRERAS.